

¿Lecciones aprendidas? Desastres, cambios rápidos y globalización

Wolf R. Dombrowsky

Desde 1979, el profesor Wolf R. Dombrowsky investiga el tema de las catástrofes naturales, en el Instituto de Sociología de la Universidad Christian-Albrechts. En 1987, fue nombrado Jefe Adjunto y, en 2002, Jefe del Centro de Investigaciones sobre Catástrofes de dicho Instituto. Es miembro de la Comisión de Protección del Ministerio del Interior de Alemania y miembro de la Comisión de Protección contra la Radiación del Ministerio de Medio Ambiente de ese país.

Resumen

El autor compara los tsunamis de Lisboa, en 1775, y de Asia, en 2004, para analizar los diferentes paradigmas de interpretación “occidentales” de la causalidad religiosa y secular. Sobre la base del concepto racional de provocar y correr riesgos, se examina la necesidad de aceptar los fracasos y sus consecuencias, así como la responsabilidad de elaborar estrategias para prevenir las catástrofes y promover condiciones de vida que permitan evitar sufrimientos a gran escala.



Nadie se baña dos veces en el mismo río. Charles Darwin retomó esta observación de Heráclito sobre la constancia de los cambios y dijo que, a lo largo de toda la historia, nada es más seguro que los cambios. El hecho de que la humanidad se haya preocupado por esos cambios, desde los tiempos más antiguos hasta la actualidad, se debe al deseo de los hombres de lograr la estabilidad¹. Por lo general, las personas ven el cambio como una amenaza, al menos cuando les parece

1 John Dewey, *The Quest for Certainty: A Study on the Relation of Knowledge and Action*, Minton, Balch & Co., Nueva York, 1929. V. también Karl Otto Hondrich, *Begrenzte Unbestimmtheit als soziale Organisationsprinzip*, *Neue Hefte für Philosophie* 24/25, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1985, pp. 59–78.

que alterará las circunstancias a las que se han acostumbrado y que se producirá tan rápido que les será imposible readaptarse. De modo que el cambio puede definirse en relación con la velocidad o, más precisamente, con la velocidad relativa. Si esa es la referencia, todo lo que parece moverse demasiado rápidamente sería percibido como una amenaza, mientras que todo lo que se mueve a una velocidad menor, más fácil de alcanzar o incluso de superar, no causa angustia alguna. Esto se aplica a nivel individual, como en el trabajo en cadena, y también en contextos más complejos y sistemáticos, como el de la globalización.

Cambio rápido y radical

El concepto se vuelve aún más interesante cuando se lo aplica a las situaciones a las que normalmente se hace referencia con el término de “catástrofes”. En concordancia con el concepto de velocidad relativa, Lars Clausen² ha dicho que esas situaciones se producen “extremadamente rápido” y están acompañadas de “un cambio extremadamente radical”, lo que, en el lenguaje coloquial, se traduciría como “algo repentino y terrible”, que sucede con demasiada rapidez y con una fuerza tal que las personas se sienten totalmente impotentes.

Así fue precisamente la reacción al *tsunami* del 26 de diciembre de 2004 que, según las estimaciones, causó la muerte de más de 200.000 personas en las costas de los Estados limítrofes con el océano Índico. Para aquellos a los que tomó desprevenidos, el maremoto se produjo, por cierto, demasiado rápida y radicalmente, pero su carácter repentino y poderoso fue el resultado de una secuencia de velocidades diferentes que podrían haberse aprovechado. Las olas sísmicas generadas por un terremoto viajan mucho más rápido que el *tsunami* que crean, por lo cual, dependiendo de la distancia, la ola llegó en diferentes horarios, con una diferencia de minutos e incluso de horas. Así, mientras en las Islas Andaman sólo hubo un lapso de dos a cinco minutos entre el terremoto y el *tsunami*, en las costas de India y Sri Lanka ese lapso podría haber correspondido a un período de alerta temprana de unas seis horas en el que se podrían haber organizado tareas de evacuación y protección, siempre que se hubiera tenido registro del sismo y se hubieran previsto los daños potenciales.

A partir de los planes que luego se elaboraron para establecer un sistema de alerta temprana en el océano Índico, podría suponerse que no era tecnológicamente posible rastrear el *tsunami* y que, por lo tanto, no se podía calcular el peligro que conllevaba. Por supuesto, esto no es cierto. La estación sismológica de Honolulu registró el terremoto el 26 de diciembre de 2004 y emitió la alarma correspondiente. Esa estación forma parte de un sistema global de control sísmico terrestre y satelital que existe desde hace largo tiempo y que se utiliza para medir

2 Lars Clausen, “Reale Gefahren und katastrophensoziologische Theorie”, en Lars Clausen, Elke M. Geenen y Elisio Macamo (eds.), *Entsetzliche soziale Prozesse. Theorie und Empirie der Katastrophen*, LIT Verlag, Münster, 2003, pp. 51–76.

los movimientos sísmicos, y con fines militares también. La alarma emitida desde Honolulu llegó más tarde a los países afectados, pero no se difundió a los niveles administrativos locales, o se lo hizo en una medida insuficiente. Por lo tanto, no se dio ninguna advertencia a los residentes locales ni a los turistas.

Poderes humanos y sobrehumanos

¿Ello se debió a un descuido, a falta de experiencia, o se trató de negligencia, indiferencia o incluso pereza? ¿Por qué la advertencia no se tomó en serio y por qué no se la transmitió a los gobiernos regionales y departamentales, a los alcaldes y a la policía? ¿Y por qué los hoteles que están en lugares turísticos donde se sabe que pueden producirse terremotos se negaron (y siguen haciéndolo) a dar a sus huéspedes información pertinente en tiempo real, como hacen con mucha eficiencia cadenas hoteleras similares en otras partes del mundo?³ Pero, sobre todo, ¿por qué estas cuestiones –en lugar de los temas esencialmente emotivos e ideológicamente polémicos que se plantearon– no han sido objeto de debate público? No sólo en Alemania, en todo el mundo, la gente habló de “destino”, se hizo preguntas sobre Dios e incluyó al *tsunami* como un castigo infligido por Alá o, más recientemente, como una “inundación bíblica”, en una cadena de causas y efectos que remonta al que hasta entonces había sido el terremoto más terrible, el de Lisboa.

El famoso sismo que se originó en la costa portuguesa el 1 de noviembre de 1775 y que generó un *tsunami*, devastó la ciudad capital, Lisboa, y gran parte del país. Sin embargo, lo que más afectó esa catástrofe fueron los propios fundamentos de la filosofía de vida del mundo occidental⁴. Principalmente, el terremoto ideológico giró en torno a la cuestión de si el sismo tectónico había sido una demostración de la voluntad y el poder de Dios, o si se trataba de una fuerza natural que la humanidad había inconscientemente desestimado. Para consternación del clérigo y de la nobleza, el Primer Ministro del Rey, el Marqués de Pombal, adoptó la segunda posición. Consideró que el daño era el resultado de una construcción y una planificación defectuosas de la ciudad, una organización inadecuada, una falta de diligencia administrativa y una utilización especialmente incorrecta de la riqueza, lo que contribuyó a intensificar la pobreza causada por el desastre.

“Quienes no recuerdan la historia están condenados a repetirla”, sentenció George Santayana⁵, desmintiendo a Heráclito, ya que los acontecimientos del 1 de noviembre de 1775 y del 26 de diciembre de 2004 son tan similares por lo que respecta a la inercia, la irresponsabilidad, la negligencia y el uso incorrecto de los

3 Thomas E Drabek, *Disaster Evacuation Behavior: Tourists and Other Transients*, Universidad de Colorado, Boulder, Col., 1996.

4 P.-W. Gennrich, “Gott im Erdbeben: Naturkatastrophen und die Gottesfrage. Eine geistes- und theologiegeschichtliche Studie”, en *Wissenschaft und Praxis in Kirche und Gesellschaft*, N° 65, 1976, pp. 343–60. T. D. Kendrick, *The Lisbon Earthquake*, Methuen, Londres, 1956.

5 Santayana, George, *The Life of Reason: Or, The Phases of Human Progress*, 5 vols., Velbrück Wissenschaft, 1905–6 (disponible en forma gratuita en el Proyecto Gutenberg 1998).

recursos que es como si estuviésemos bañándonos en el mismo río por segunda vez. ¿Tan poco hemos aprendido en doscientos cincuenta años? ¿No aprendemos nada de nuestros errores?

En general, se cree lo contrario. Después de más de doscientos años de ilustración y avances tecnológicos y científicos, debemos poder saber cuándo ocurrirán las catástrofes naturales y cómo enfrentarlas, cómo planificar ciudades, cómo construir y cómo protegernos. Sin embargo, la realidad está muy por detrás de su potencial. Pero ¿por qué no aplicamos nuestros conocimientos?

El sociólogo norteamericano Lowell J. Carr⁶ brindó una respuesta en 1932, cuando dijo que si los diques resisten una marea de tormenta, elogiamos la habilidad de los ingenieros y los constructores, mientras que si los diques no resisten la fuerza de la naturaleza no responsabilizamos a los ingenieros y los constructores ni deplo-ramos nuestra ignorancia general, sino que sostenemos que se ha producido una catástrofe natural de manera inesperada. Pombal siguió un razonamiento similar. La actitud cultural era inadecuada para hacer frente a los retos de la naturaleza.

Una vez reconocida la interrelación entre los acontecimientos, es posible sacar algunas conclusiones. En cambio, si se invoca la fuerza superior de la naturaleza, no hay nada que se pueda hacer y, por lo tanto, nada que se deba hacer. Esto evita el cambio. Se trata de una evitación no sólo en el sentido de un auxilio psicológico que trae alivio, sino también de una inacción real.

Ausencia de protección preventiva a largo plazo

Esta inacción se acentúa cuando la operación de socorro ante una catástrofe literalmente conduce a la siguiente catástrofe. Mientras que el Marqués de Pombal sacó las mejores conclusiones posibles del terremoto, que fueron desde la reconstrucción hasta reformas administrativas y tributarias, la necesidad de medidas de esa naturaleza después del *tsunami* de 2004 fue literalmente arrasada por una segunda ola: sólo la Cruz Roja Alemana recibió donaciones de particulares por un monto de 124,6 millones de euros, mientras que las donaciones a nivel mundial fueron del orden de los 4,7 mil millones de dólares estadounidenses. Además, se asignaron dos mil millones de dólares de ayuda gubernamental, pero ese monto no se distribuyó. Según las estimaciones, unos seis mil millones de dólares se distribuyeron de manera irregular, y la asistencia no siempre llegó a quienes la necesitaban. Sin embargo, no se ha producido el cambio que permitiría que las regiones afectadas y sus habitantes sean menos vulnerables en el futuro; el cambio que se ha dado es bastante diferente, no deliberado, y por lo general resulta de demasiadas buenas intenciones: el volumen excesivo de alimentos y ropa donados destruyó los sistemas locales de producción, agrícola y comercial, mientras que la construcción acelerada de viviendas nuevas provocó escasez de materiales y deforestación, e implicó el recurso a métodos de construcción demasiado rentables y, más recientemente,

6 Lowell Juilliard Carr, "Disaster and the sequence-pattern concept of social change", *American Journal of Sociology*, N.º 38 (1932), pp. 207-18.

inadecuados. En general, no se aplicó un plan maestro de construcción porque las organizaciones en competencia prefirieron ejecutar proyectos prestigiosos que podrían presentarse luego como historias exitosas. Con la presión de dar pruebas del impacto efectivo de las donaciones, las decenas de miles de proyectos no se llevaron adelante en forma ordenada y no hubo una coordinación destinada a desarrollar una protección preventiva, a largo plazo, y una estrategia de sostenibilidad, tal como hubiera considerado necesario la ONU, en la Década Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales.

Profecías autocumplidas

En el siglo XXI, nos encontramos ante una serie de contradicciones. Tenemos capacidades técnicas que nos permiten observar y predecir el desarrollo real en la tierra con un grado de precisión relativo. El uso de la tierra y la vegetación, el desarrollo de asentamientos y la movilidad de las poblaciones, el consumo y las emisiones de energía, la lluvia ácida y el abastecimiento de agua potable, la contaminación ambiental y la deforestación, todo ello puede medirse y observarse con satélites y detectores, y esa información luego puede tomarse en cuenta en los procesos de toma de decisiones. Las empresas multinacionales utilizan esos datos para sus inversiones a largo plazo y las bolsas de comercio nacionales, para decidir sus transacciones. Esas organizaciones saben de las tensiones y de las hambrunas mucho antes de que ocurran. Sin embargo, se muestra poca inclinación a considerar los aspectos éticos de recibir información anticipada de ese tipo y su tendencia inherente a convertirse en “profecías autocumplidas”. En ese caso también parece más atractivo hablar de una terrible hambruna, aunque el lapso de tiempo entre los datos enviados por satélite acerca de una sequía, el aumento de los precios de semillas híbridas patentadas y una inminente escasez de alimentos, habrían permitido evitar que la hambruna, la catástrofe, se produjera.

Habida cuenta de que es posible contar con esa información anticipada, ¿una organización mundial como la Cruz Roja puede seguir siendo una organización de ayuda entre muchas otras o, peor, una organización que efectúe operaciones de reparación dejando prácticamente intactas las precarias condiciones anteriores? La fundación de la Cruz Roja dio lugar a una obligación absolutamente opuesta. *Recuerdo de Solferino*⁷ de Henry Dunant dio origen al desarrollo paulatino de Sociedades Nacionales de socorro de las cuales fue surgiendo una “estructura” con influencia política que hizo del mundo un lugar algo mejor. Ahora necesitamos estructuras políticas para dar soluciones a nuestros “Solferinos” actuales. Pero ¿cómo serían sus correspondientes “Convenios de Ginebra” y “Protocolos adicionales”?

7 Henry Dunant, *Recuerdo de Solferino*, CICR, Ginebra, 1982.

Una carga excesiva para las sociedades

A diferencia de los tiempos de Dunant, las sociedades industriales actuales son sistemas de procesamiento internacionalmente estructurados cuyas actividades las dirigen cada vez más servicios de control y administración y, por ende, de comunicación. Técnica y organizacionalmente, el procesamiento se efectúa a través de sistemas interconectados en forma de operaciones intermodales y flujos en cascada de (control) de datos y metadatos, mientras que no se hace ninguna distinción en el actual proceso de transformación entre los productos básicos y los productos intermedios o terminados; en cambio, se optimizan los ciclos de vida completos (gestión de ciclo de vida) conforme a criterios específicos. En la red de la interdependencia internacional, los intentos individuales de los Estados de ejercer algún control cada vez más terminan siendo meros gestos simbólicos, y esos intentos fallidos de ejercer control producen cada vez más daños, más allá de la influencia de los Estados individuales. Al mismo tiempo, lo que Herfried Münkler⁸ señaló acerca de las guerras también puede aplicarse a las catástrofes. La asimetría entre la insignificancia y las repercusiones sucesivas crece en forma constante y vuelve sumamente vulnerables a las sociedades modernas: puede hacerse mucho daño con muy poco esfuerzo. Aunque ese daño se produzca con escasa frecuencia, puede ocurrir en cualquier momento. Y como la prevención de los desastres debe basarse en los daños (que son la guía para elaborar los planes de contingencia), las sociedades se ven obligadas a mantener un potencial de protección proporcional que cubra toda la duración (de la probabilidad). A largo plazo, esto implicará una carga excesiva, incluso en las sociedades prósperas. Por lo tanto, las soluciones más factibles, desde el punto de vista económico, deberían tender cada vez más a evitar el daño, en lugar de mitigarlo.

El riesgo para los sistemas metabólicos será cada vez más agudo, es decir que la interacción entre el hombre y la naturaleza (clima, agua, alimentos y energía), las alteraciones de la interacción entre los seres humanos y los animales (SARS, síndrome respiratorio agudo severo, mal de la vaca loca), las alteraciones de la calidad de la interacción (envenenamiento, enriquecimiento, almacenamiento), pueden tener consecuencias epidémicas o endémicas, así como provocar problemas de adaptación o de escasez.

Además, las estructuras se están desmoronando o se están reconstituyendo en todo el mundo, para crear otras nuevas. La Unión Europea no es la única que está produciendo nuevas estructuras políticas con un impacto global (por ejemplo, los sistemas monetarios); otras partes del mundo también se están uniendo a un nivel bastante alto (MERCOSUR, ASEAN) o más bajo (el colapso del Pacto de Varsovia). En general, estas estructuras conducen a procesos y modos de administración fundamentalmente diferentes, así como a otras formas de política internacional. En algunas partes del mundo, por ejemplo, el principio estructural

8 Herfried Münkler, *Der Wandel des Krieges: Von der Symmetrie zur Asymmetrie*, Velbrück Wissenschaft, Weilerswist, 2006.

fundamental del monopolio estatal sobre el uso de la fuerza se está disolviendo, lo que permite que vuelvan las estructuras tribales o se conviertan en estructuras autoritarias y tipos de fuerza que se creían cosa del pasado. En lugar de hallar nuevas “soluciones”, la asincronía y asimetría política y económica resultante ha tendido a cuestionar la efectiva estructura organizativa conocida como “democracia” y ha reavivado actitudes fundamentalistas.

Ausencia de un plan maestro

En términos de política global, las iniciativas “fuera de zona” y las misiones de “mantenimiento de la paz” o “de restauración de la paz” señalan la necesidad de nuevos tipos de soluciones. Sin embargo, éstas se hallarán, por lo general, combinando las estructuras existentes de forma *ad hoc*, ubicando los componentes existentes en diferentes niveles y como parte de un plan maestro previamente elaborado. Así han sido hasta ahora los programas globales de las Naciones Unidas y otros organismos multinacionales que, a pesar de sus intenciones generales, dependen de los intereses particulares de sus Estados miembros. De todos modos, el Banco Mundial regula las interconexiones globales de manera más rigurosa que muchos Estados individuales.

Pero ¿es una posibilidad real elaborar un “plan maestro”? En principio, es algo que podría requerirse de una organización “maestra” como es el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Habida cuenta de las asincronías y las asimetrías descritas más arriba, lo que se necesita más que nunca es una estructura que opere de forma uniforme en todo el mundo y pueda lograr la armonización. La Cruz Roja ha sido durante largo tiempo una estructura que, a diferencia de la mayoría de las organizaciones, se adapta a los problemas a medida que van surgiendo, de lo local a lo global, pero lamentablemente no está integrada como debería estarlo. Las acciones de socorro internacionales han mostrado precisamente que las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja no están utilizando todo su potencial, sino que están funcionando con una capacidad inferior. La contradicción inherente es, entonces, que el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja es potencialmente global, pero, en el marco de la globalización, corre el riesgo de ser superado (o, al menos, utilizado) por otros actores (como la ONU, el departamento de Ayuda Humanitaria de la Comisión Europea, ECHO) y, por lo tanto, quedar relegado por lo que respecta a la integración funcional de sus Sociedades Nacionales de socorro. De modo que debe lograr que sus miembros se conviertan, de la forma más radical y rápida posible, en ciudadanos del mundo preocupados por ofrecer su plan maestro para una acción globalmente coordinada, concertada, en concordancia con el espíritu transnacional del padre fundador de la Institución.